

El trabajo de la memoria como vehículo de empoderamiento político: La experiencia del *Salón del Nunca Más**

Catalina Carrizosa Isaza

Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia

Grupo de Investigación Cultura, Violencia y Territorio

Dirección electrónica: ccarrizo9@gmail.com

Carrizosa Isaza, Catalina (2011). "El trabajo de la memoria como vehículo de empoderamiento político: La experiencia del *Salón del Nunca Más*". En *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 25 N.º 42 pp. 36-56. Texto recibido: 07/03/2011; aprobación final: 10/10/2011.

Resumen. En este artículo se analiza el trabajo de memoria histórica de la Asociación de Víctimas de Granada, Antioquia, Colombia —Asovida—,¹ por medio de la construcción del *Salón del Nunca Más*, evidenciando que esta experiencia contribuye a la construcción de una comunidad emocional y a la vez política que permite la conformación de nuevas ciudadanía a partir de la denominada fuerza política de la memoria del sufrimiento.

Palabras clave: Antioquia, Colombia, memoria, dispositivos de memoria, comunidad emocional, víctimas, conflicto armado.

* Este artículo es resultado del trabajo de grado de Catalina Carrizosa Isaza (2011). *Nuevas ciudadanía y configuración de sujetos políticos a partir del conflicto armado. La experiencia de la asociación de víctimas de Granada, Antioquia —Asovida—* para optar al título de antropóloga en la Universidad de Antioquia, año 2010.

1 Agradezco especialmente a los integrantes de Asovida por todas las experiencias y aprendizajes que me proporcionaron durante la realización de este trabajo así como su disposición y afecto al compartir sus vivencias.

The memory work as a vehicle of political enforcement: The experience of the *Salón del Nunca Más*

Abstract. In this article, the author analyzes the historical memory work of the Association of Victims of Granada, Antioquia, Colombia —Asovida—, through the construction of the *Salón del Nunca Más* showing that this experience contributes to the construction of an emotional and political community that allows the creation of new citizenships due to the political enforcement given by the memory of suffering.

Keywords: Antioquia, Colombia, memory, memory devices, emotional community, victims, armed conflict.

Introducción

Diferentes organizaciones, colectivos e instituciones oficiales y no oficiales en Colombia han empezado a generar iniciativas de memoria como una forma de visibilizar los absurdos de la guerra y también, de alguna manera, para contribuir al restablecimiento de la dignidad de los millones de ciudadanos afectados. Trabajos como el que ha realizado la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR en adelante), dan cuenta de este tipo de iniciativas, en el que participan importantes investigadores como Gonzalo Sánchez y María Victoria Uribe apoyados en este caso por la institucionalidad. Sin embargo, también existen iniciativas “no oficiales” de memoria, lideradas generalmente, por grupos o asociaciones de víctimas como un esfuerzo por dignificar a sus muertos, contar lo que han vivido y resistir a la indiferencia, a la injusticia y al olvido lo cual es insumo para que tengan lugar importantes configuraciones ciudadanas y subjetividades políticas.

Este tipo de iniciativas de memoria, que se jalonan desde las comunidades, se apoyan en diferentes expresiones como objetos, manifestaciones, conmemoraciones, marchas, puestas en escena, instalaciones, que se denominan dispositivos de la memoria (CNRR, 2009) que a su vez terminan siendo vehículos de reconfiguración de la cultura política al hacer parte de un proceso de fortalecimiento emocional y político de quienes participan allí, así como de visibilización de la existencia de las víctimas y la discusión que esta categoría genera.

Lo anterior puede evidenciarse en el caso de la Asociación de Víctimas de Granada —Asovida— en el departamento de Antioquia, y su proceso de construcción de memoria y empoderamiento político a través de la construcción del *Salón del Nunca Más*, un espacio museístico de visibilización de la guerra, las víctimas y sus acciones de paz y resistencia.

Abordar este tema es pertinente en tanto que vivimos en un contexto de sistemáticas violaciones a los derechos humanos que de alguna manera tienden a naturalizarse en la sociedad y que deberían ser censuradas masivamente, muchas veces ni siquiera sabemos qué atrocidades han ocurrido en territorios muy cercanos o en el que habitamos, ni los esfuerzos que hacen las comunidades para resistir o manifestarse en contra de dichas acciones. Las experiencias y el trabajo que realizan colectivos como Asovida para visibilizar y hacer conciencia de lo que ocurre

merece ser difundido y debe suscitar grandes reflexiones y cuestionamientos para toda la sociedad.

La memoria como construcción política

El tema de la memoria se ha convertido en un elemento fundamental para la reflexión de los procesos de reconfiguración de la cultura política y construcción de ciudadanías alternativas en contextos de conflicto armado como el colombiano. Con frecuencia, asociaciones y colectivos que se movilizan en pro del reclamo y la resistencia a la violencia que los ha azotado, se embarcan en un proceso de visibilización de sus historias, de sus situaciones y acuden a formas alternativas de representación para esto.

Según Ponciano del Pino (2004), la memoria puede ser entendida como un proceso en el cual se dota una experiencia de sentido y significado, también puede entenderse como las formas como los sujetos recuerdan el pasado desde el presente, como proceso intersubjetivo, de diálogo entre individuos y sociedad, todo esto enmarcado en un sistema de valores y creencias y materializado en experiencias y representaciones. Para Da Silva (2010), la memoria porta la identidad y los recuerdos, esta —con sus olvidos y silencios— puede ser determinante en la manera en que se aprehende y clasifica el mundo al igual que en la forma en que se constituye la personalidad, la subjetividad, se elabora el conocimiento y se transmiten herencias y saberes. La necesidad de memoria implica el reconocimiento de su carácter social y colectivo. La memoria, aparte de las construcciones que cada individuo produce y comparte, está arraigada y situada allí donde se comparten espacios, lazos de pertenencia, solidaridades y sociabilidades.

La comunidad es el escenario donde tienen lugar y se sustentan los juegos de lenguaje que hacen parte de una forma de vida, es allí donde se construyen las expresiones y acciones con que los sujetos enfrentan la adversidad y en este caso construyen memoria (Das, citada por CNRR, 2009).

Las memorias que resultan de realidades o momentos impactantes como los que ha generado la guerra en Colombia son, como plantea el Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación —CNRR—, resultado de la conjugación de tiempos y espacios; “son combinación de tiempos en el sentido en que frente al pasado —a la catástrofe de la historia y al sufrimiento— se constituyen como un ejercicio creativo de resistencia aquí y ahora que se proyecta al futuro, que tiene un destino” (CNRR, 2009: 21). Así, las memorias son al mismo tiempo, pasado, presente y futuro; un sufrimiento que resiste y se transforma con miras a la construcción de una realidad en la que los sujetos, sin olvidar, asumen la vida de una forma distinta y tratan de establecer nuevamente una cotidianidad. Al mismo tiempo, las memorias son una combinación de espacios al poner en relación, materialmente, al espacio devastado con el espacio en que de nuevo la comunidad restablece su cotidianidad, donde hace posible de nuevo cierta “forma de vida”.

Es en ese sentido que se propone una forma de pensar la memoria como “ruina”, pues de esa combinación de tiempos y espacios donde tiene lugar la guerra, la devastación, quedan igualmente espacios y tiempos de resistencia al olvido, a la impunidad, a la continuidad de la guerra, donde se proyecta al tiempo la memoria que fortalece a los sujetos para construirse políticamente (CNRR, 2009).

Así, la memoria se convierte en herramienta de quienes han sido “devastados” o excluidos por la injusticia para empezar a reconfigurar sus realidades. Siguiendo a Pierre Nora, “la memoria se caracteriza por sus reivindicaciones de emancipación y liberación; a menudo es popular y siempre contestataria y es reivindicada como historia por quienes no tuvieron derecho a la Historia y reclaman su reconocimiento” (Nora citado en Da Silva, 2010: 2).

Se atiende, pues, a las memorias de la violencia como memorias de un sufrimiento que es narrado, representado y agenciado por los dolientes. Las memorias en este caso tienen un carácter reparador y movilizador del duelo pues a través de estas se movilizan sentidos, se ubican hitos espaciales y temporales y se le da un significado, un propósito y un futuro al acto y al trabajo de la memoria. De esta manera, las memorias se convierten en esfuerzos colectivos en los que se forman relaciones entre el pasado, el presente y el futuro, y entre los dolores de las víctimas, los hechos y sus responsables (CNRR, 2009) al tiempo que estas —las víctimas— se van fortaleciendo social y políticamente.

De acuerdo con Elizabeth Jelin (2002), hay un propósito político y educativo que consiste en transmitir experiencias colectivas de lucha política, dar cuenta de los actos represivos que las comunidades han vivido, como una forma de mostrar otros caminos y que estos actos de violencia no se vuelvan a repetir. La cuestión es entonces, la manera en que se va a usar la memoria en el sentido de que esta puede promoverse desde su literalidad, en la “sacralización” del pasado o para suscitar lecturas “ejemplares” y una pluralidad de puntos de vista que si bien pueden no coincidir, invitan a pensar el presente de manera más compleja (Da Silva, 2010).

Así, representar el pasado implica procesos de selección de aquello que se recuerda del mismo, se convierte en una forma de “moral práctica” materializada en las experiencias y debe asumirse dentro de un tiempo y fuera de la neutralidad moral y pragmática (Del Pino, 2004). Si bien la memoria es construida de manera subjetiva, está basada en experiencias, relaciones y disputas que la convierten en un escenario de luchas políticas y simbólicas donde se actualizan y replantean las experiencias del pasado, los conflictos sociales y políticos en que tiene lugar (Del Pino, 2004). Por esto es pertinente hablar de memorias en plural y en conflicto atendiendo a la legitimidad y el reconocimiento de cada una. Más que luchas entre memoria y olvido, son luchas entre memorias y el silencio de otras memorias expresadas en el reconocimiento de la memoria de unos y del olvido de otros (Del Pino, 2004).

Igualmente, puede hablarse de la memoria como una memoria colectiva, como lo propone María Teresa Uribe (2005), como memoria ejemplar que implica asumir

una serie de aprendizajes políticos derivados de la historia colectiva que surge de la verdad conjunta. Como dice Uribe, esta perspectiva de las memorias ejemplares parte de un principio ético esencial donde la puesta en escena del dolor y el sufrimiento han de tener propósitos curativos, y ser orientados al aprendizaje social con el fin de que las condiciones que propiciaron el drama se transformen pues, de lo contrario, se perdería el carácter liberador de las memorias biográficas y podrían encerrarse las sociedades “en el laberinto de los espejos donde la víctima de ayer es el victimario de hoy” (Uribe, 2003: 14).

De acuerdo con Todorov, la memoria ejemplar es aquella que consigue ser colectiva e incluyente y al mismo tiempo tiene una dimensión pedagógica de aprendizaje y un sentido político de futuro; en nuestro caso, “se trata de aprovechar las lecciones de la injusticia, el dolor y el sufrimiento de las víctimas para luchar contra situaciones similares que se están produciendo en el presente” (citado en Uribe, 2003: 15).

La memoria puede concebirse entonces como un elemento esencial para la construcción de una identidad colectiva, pensando en grupos o comunidades que han vivido situaciones, generalmente violentas, que los han marcado o que han determinado el devenir de su historia. Pueden entenderse las memorias, como producto de la interacción y la construcción entre la subjetividad de los individuos y las normas colectivas, sociales, políticas, religiosas y jurídicas; en el cual se fabrican identidades sociales y tienen lugar tanto lazos de pertenencia como relaciones de diferenciación (Da Silva, 2010: 2).

Vehículos de la memoria

Hay diversas maneras a través de las cuales se promueve o construye la memoria histórica. Estos son medios expresivos que coinciden con lo que Elizabeth Jelin denomina “vehículos de la memoria” y que tienen lugar en tanto haya sujetos que comparten una cultura, y existan unos agentes sociales que intenten materializar los sentidos del pasado en diversos productos culturales que se convierten, a su vez, en este tipo de dispositivos. Elementos como libros, archivos y objetos conmemorativos al igual que expresiones y puestas en escena, más que representar el pasado, lo incorporan a la realidad de manera performativa (CNRR, 2009).

Una de estas formas, mediante la cual se transmite la memoria colectiva, coincide con lo que Diana Taylor denomina *performance*. Como plantea esta autora, la teoría del *performance* viene de estudios antropológicos que se enfocan en dramas sociales y colectivos y de estudios teatrales. Incluye múltiples tipos de eventos en vivo, puestas teatrales, bailes, ritos, manifestaciones políticas, deportes, fiestas, entre otros y crea un espacio privilegiado para el entendimiento de trauma y memoria. Como aclara Taylor, el *performance* (igual que memoria, igual que trauma) es siempre una experiencia en el presente y opera en ambos sentidos, como un transmisor de la memoria traumática, y a la vez su reescenificación (Taylor, 2010).

Según Taylor, el *performance* se basa en un contexto específico para su significado al funcionar como un sistema histórico y culturalmente codificado en el que toman sentido las imágenes que en este se articulan, participando en la transmisión de una memoria social. Estas estrategias del *performance*, tienen su historia y también se van transformando (Taylor, 2010).

Otro elemento que tiene un papel fundamental en torno a la construcción de memoria, como vehículo de la misma, es el testimonio de quienes sobreviven. Como plantea Wieviorka, “no sólo o necesariamente como prueba jurídica, sino como parte de una estrategia explícita de quienes llevaron adelante la acusación: se trataba de traer al centro de la escena mundial la memoria del (...) [acto violento] como parte central de la identidad [...]” (Wieviorka, 1998 citado en Jelin, 2002: 4-5). En ese sentido, tienen pertinencia los cuestionamientos que han de hacerse con miras a la construcción de esa identidad: respecto al testimonio ¿quién escucha? ¿Para quién se testimonia?

Al tener un fundamento discursivo, y depender de marcos narrativos existentes en una cultura, el testimonio se ubica en el punto de encuentro entre lo individual y lo colectivo y en ese sentido la memoria, interacción entre pasado y presente, se enmarca de manera cultural y colectiva pues es producida por sujetos activos que comparten una cultura y un *ethos* (Jelin, 2002).

Estos vehículos de la memoria, objetos, *performance*, testimonio, enmarcados en un contexto como el colombiano, pueden hacer parte de aquello que Míriam Jimeno (2010) denomina lenguaje emocional. Son dispositivos que transmiten al otro, al resto, la verdad que construyen los dolientes desde sus vivencias y sentimientos; son vehículos marcados o creados desde las emociones suscitadas que en vez de anclar en la tragedia a los sujetos se han convertido en un motor de construcción política, social y cultural. De acuerdo con María Teresa Uribe, estos dispositivos socioculturales:

[...] son puentes tendidos entre el pasado y el futuro, en la medida en que son afirmaciones simbólicas de la memoria, lugares donde las víctimas y los grupos sociales puedan conjurar sus miedos, exorcizar el olvido, ahogar el silencio y darles salidas diferentes a la indignación, al dolor y al sufrimiento; constituyen necesarias acciones que contribuyen de manera muy significativa para que las víctimas continúen sus duelos en público, para que sean acompañadas en este proceso por otros sectores sociales y que ellas, y las sociedades a las que pertenecen, vayan restañando sus heridas morales y recuperando el lugar que les corresponde en la memoria histórica del país (Uribe, 2005: 16).

En contextos en los que han existido realidades sociales y políticas marcadas por la violencia, la opresión y la injusticia contra la población civil; la memoria histórica, sobre todo las iniciativas y dispositivos mediante los cuales esta se promueve, constituye igualmente un “vehículo” de reconfiguración de la cultura política de las comunidades que empiezan a generar diferentes formas de relacionarse con lo

político. Al dar lugar a otros significados, prácticas, discursos y marcos culturales, los trabajos de la memoria van a conducir a las comunidades a construir nuevas formas de ciudadanía con elementos indispensables como la conciencia de su historia, de los derechos humanos fundamentales, la pertenencia, la participación y el reconocimiento de una justicia que trascienda los límites geográficos y tradicionalmente propuestos.

Un claro ejemplo de este tipo de construcciones es el que se presenta en este artículo en el que, desde la participación activa en iniciativas de memoria histórica, las integrantes de la Asociación de Víctimas de Granada —Asovida— comprometidas en este proceso, han evidenciado importantes transformaciones de forma individual y colectivo en la manera en que se asumen como sujetos políticos y que forman desde su experiencia una ciudadanía diferente.

Asovida: movilización hacia la ciudadanía

Si no hay memoria, si no hay con que comprobar de que si sucedió estamos arriesgando a que eso se repita, entonces esto es como un acto de resistencia donde estamos unos a otros, apostando, apoyando para que no vuelva a repetir

Testimonio integrante de la Asociación de Víctimas de Granada —Asovida—, 2010

La asociación de víctimas de Granada, Antioquia —Asovida—,² es una organización que reúne a las personas afectadas por el conflicto armado en el municipio ubicado en el Oriente de este departamento. La asociación, que empezó a conformarse en 2005 y obtuvo su personería jurídica en 2007, está constituida por más de 180 afiliados en su mayoría mujeres, campesinas y campesinos provenientes de diferentes veredas del municipio y habitantes de la cabecera municipal generalmente de escasos recursos, afectados de diversas maneras por la guerra. Casi la totalidad de estas personas fueron víctimas de desplazamiento forzado, otras tienen familiares asesinados o víctimas de desaparición forzada, algunos fueron víctimas de minas antipersonales.

En Asovida se realizan actividades de apoyo emocional con las víctimas, se brinda asesoría en relación con temas legales como la reparación administrativa y

2 Para este trabajo, la metodológica principal se hizo desde la etnografía, empleando herramientas como la observación participante, el diario de campo y las entrevistas semiestructuradas con las integrantes de la asociación en primera instancia. Este enfoque fue pertinente debido a las posibilidades de acercamiento directo a las historias contadas por quienes las han vivido, igualmente, permitió hacer el acercamiento y el análisis del lenguaje y la expresión, conveniente para el trabajo propuesto, en el que un elemento determinante es el testimonio que implica trascender la entrevista y atender a la dimensión que toma el relato para estas mujeres, en el cual el interés principal no se enfoca a la tragedia o hecho traumático sino en la memoria y la experiencia política vivida por estas personas en el marco de la organización. La información se recogió durante una serie de visitas periódicas al municipio en el primer semestre de 2010, así como una corta estadía en el pueblo.

ha tenido lugar un importante trabajo de memoria a través de diversas iniciativas encaminadas a la visibilización del conflicto que azotó al municipio, la lucha contra la indiferencia y la impunidad, iniciativas que se resisten al olvido.

Se plantea que el proceso de memoria en la asociación de víctimas de Granada empezó a darse por diferentes razones, por una parte, para varios el tema de la guerra estaba de alguna manera vetado, también la falta de reconocimiento de que en Granada y en el Oriente antioqueño en general había víctimas y por otra parte, la gente sentía que ese conflicto había dejado la historia de sus seres queridos alterada, había una necesidad de decir, hablar, comentar, narrar desde su propia vivencia lo que había pasado, sentían que tenían que manifestar su desacuerdo con lo que estaba ocurriendo pero también tenían mucho miedo.

Emprender un proceso de memoria genera reconfiguraciones tanto en lo individual como en lo colectivo, hay en él un movimiento constante entre la experiencia personal, íntima y la puesta en público a través de mensajes que se expresan, que van generando preguntas para la sociedad, así como discusiones políticas. Un proceso de este tipo, suscita en la gente la posibilidad de sentir que no se queda en la impotencia sino que tiene elementos para movilizarse de esa situación de víctima poniéndose en una postura “más proactiva, casi de testigo”³ lo que ha hecho de alguna forma que el proceso vaya teniendo nuevas necesidades y nuevas perspectivas. De este trabajo de memoria, los integrantes de la asociación han podido proyectar nuevas actividades y encontrar otros aspectos que necesitan ser visibilizados, tal es el caso de la violencia sexual en el municipio.

La construcción de la memoria se convirtió en uno de los principales objetivos de Asovida pues en su posibilidad de reivindicar y liberar (Nora cit. en Da Silva, 2010), esta visibiliza las acciones de la guerra que han afectado al territorio. Igualmente, la memoria contribuye a procesos de resistencia simbólica, resignificación de historias, sujetos, objetos, territorios marcados por el conflicto, al tiempo que sensibiliza y forma a la comunidad para que reconozca la historia que ha vivido, para que haya una rememoración permanente que fije un *no más, nunca más* (CNRR, 2009). De igual manera, quienes participan en este proceso, se van empoderando políticamente para defenderlo, mientras redescubren sus responsabilidades como comunidad política (Luque, 2003) con miras a una construcción ciudadana diferente.

Las memorias que se han construido desde Asovida han sido dotadas de un valioso contenido simbólico al ser materializadas en diversos dispositivos o artefactos (CNRR, 2009) que pueden denominarse “vehículos de la memoria” (Jelin, 2002). Estos dispositivos, que consisten en objetos, lugares, fechas, conmemoraciones, movilizaciones que visibilizan y masifican la conciencia de lo que ha pasado toda vez que en relación con ellos existen sujetos que comparten una cultura, y agentes

3 Tomado de una entrevista con una integrante de la Asociación, 2010.

sociales que abogan por la materialización de los sentidos del pasado en dichos dispositivos.

La construcción de estos “vehículos de la memoria” está articulada directamente con el trabajo emocional⁴ que se ha dado en la asociación; cada iniciativa implica talleres de encuentro comunitario, de puesta en público de las experiencias y sentimientos, de fortalecimiento emocional. Estas actividades son en sí, parte del trabajo de memoria que en el futuro busca mantenerse con otras actividades y construcciones permanentes como las Jornadas de la Luz, las marchas de abriendo trochas, el Parque de la Vida y el Salón del Nunca Más; este último puede pensarse como la bandera del proceso de memoria de Asovida y será abordado con más detalle a continuación.

El Salón del Nunca Más

La acción colectiva que evidencia en mayor medida el trabajo de la asociación de víctimas de Granada —Asovida—, sus convicciones y apuestas fundamentales es la construcción del *Salón del Nunca Más*. Inaugurado en julio de 2009, es un espacio museológico donde se cuenta, a través de una exposición fotográfica permanente, la historia de las víctimas a raíz del conflicto, tanto los hechos, masacres, desapariciones, desplazamientos, como las acciones de la comunidad para reponerse de la tragedia, fortalecerse, reivindicar la dignidad de sus seres queridos, la vida, la memoria, la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición.

Ubicado en un amplio salón en la planta baja de la casa de la cultura *Ramón Eduardo Duque*, este museo de la memoria es producto de la llamada fuerza política del sufrimiento (Restrepo, 2000 en Blair et al, 2008) que lograron las víctimas a partir del trabajo de fortalecimiento emocional que llevaron a cabo cuando empezó a conformarse la asociación. El proyecto del *Salón del Nunca Más* fue el núcleo de cohesión y de acción de estas personas que decidieron continuar reunidas, fortaleciéndose, empoderándose y consolidando un proceso de memoria para recordar y enseñar a la sociedad lo que había pasado y no debía volver a pasar, para dignificar a sus seres queridos y dignificarse a ellas mismas, lo cual las condujo a ir más allá de lo que habían imaginado para sus vidas, a autoreconocerse como sujetos fuertes y capaces.

Así, con el apoyo de diversas organizaciones como el Programa por la Paz del Cinep, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo —PNUD— y el

4 Este trabajo emocional alude fundamentalmente al espacio en el cual las víctimas, acompañadas por actores como organizaciones u otras mujeres capacitadas, pudieron encontrarse y generar un ambiente tranquilo para hacer catarsis, expresar lo que sentían, contar sus historias y encontrar que no estaban solas, que no habían sido la únicas afectadas por la guerra, lo cual fue permitiéndoles un autorreconocimiento de sus capacidades y de posibilidades de acción para ayudar a otras personas y para luchar por la memoria.

Centro Internacional para la Justicia Transicional —ICTJ—, empezaron un proceso de planeación, de gestión de recursos y de búsqueda de un espacio físico que sería finalmente la muestra de las acciones que ellas podrían lograr, pues este último fue producto de un trabajo de gestión e incidencia política aprovechando la época electoral en el municipio.⁵ La construcción de este espacio convocó a los integrantes de la Asociación a poner en común sus ideas, perspectivas y deseos frente al proyecto.

Construcción de memoria

Más allá de su resultado final y visible, que es el salón, del proyecto resultaron aspectos muy interesantes como empezar a hacer un trabajo de identificación de las víctimas, de quiénes eran, dónde estaban, siendo la mayoría de la gente afectada oriunda de Granada.

A partir de una propuesta metodológica que consistía en la realización de 24 talleres de memoria, las integrantes de la asociación fueron a las veredas, hicieron actividades con niños, jóvenes y adultos, en escuelas y otros espacios, para recopilar el material testimonial y las fotografías que alimentarían el montaje del salón, al tiempo que hicieron grupos de apoyo mutuo⁶ en los que se hacía un trabajo emocional con las personas.

Este trabajo hace parte de las acciones de reconstrucción de ellos mismos y del tejido social pues emprenden una tarea de mirarse y mirar a la comunidad, de saber quién existe, qué hace, qué tenía, qué perdió, qué quiere, qué siente a partir de los testimonios que, al estar sujetos a marcos narrativos existentes en la cultura, dan a conocer las identidades y evidencian el ámbito mismo donde se empieza a construir una nueva identidad desde la memoria histórica que también está cultural y colectivamente determinada (Jelin, 2002).

-
- 5 Una de las acciones de incidencia política más determinantes que ha realizado la asociación fue el compromiso que generaron con los últimos candidatos a la alcaldía, donde previamente habían construido una agenda de los proyectos que tenían y la presentaron a estos. Luego, demandando su compromiso, los hicieron firmar un documento que, más adelante, cuando se eligió el alcalde actual, sirvió para exigir el cumplimiento o de lo contrario, debería decir públicamente, frente a la comunidad que no cumpliría. Gracias a esta gestión consiguieron las instalaciones para la construcción del *Salón del Nunca Más*.
 - 6 El proyecto Provisame —Promotoras de vida y salud mental— ha sido una iniciativa aplicada en los diferentes municipios del Oriente antioqueño donde mujeres de la región son formadas para proporcionar apoyo psicosocial a grupos de mujeres afectadas por el conflicto armado. El principal espacio en que se da este acompañamiento, son los grupos de apoyo mutuo que se conciben como una estrategia para prestar primeros auxilios emocionales en reuniones mensuales con los grupos, denominadas “abrazos”. Por lo general estas personas no tienen una formación académica formal, son campesinas, amas de casa, lo que no les impide descubrir las capacidades que tienen para acompañar y apoyar a otras personas que han vivido los rigores de la guerra.

Una de las realidades, que permitió visibilizar el trabajo de memoria que se emprendió para la construcción del salón, fue la situación de los niños en el conflicto, el efecto que este ha tenido sobre ellos, que ha sido una gran afectación. Cuentan que en uno de los talleres que se hicieron con los niños para la construcción del salón, unos empezaron a hacer un dibujo de cómo era el pueblo y después lo llenaron de pintura roja y cuando les preguntaron por qué habían dañado el dibujo los niños les respondieron que no era que lo hubieran dañado sino que eso era lo que había quedado del pueblo. Este tipo de experiencias son aportes importantes al establecimiento de un canal de comunicación y de participación de los niños en los que estos pueden dejar fluir sus percepciones al tiempo que aprenden sobre los prejuicios que la guerra ha generado en el pueblo, en la comunidad. Aunque muchos de ellos no hayan vivido conscientemente los hechos, el trabajo de memoria pretende no solo que los que lo vivieron recuerden sino que quienes no estuvieron allí sepan qué fue lo que ocurrió.

Yo pienso que se debe seguir en Asovida con los talleres de memoria más que todo en los niños; los niños tienen muchas cosas guardadas y que no han podido salir de ahí, hay muchos niños frustrados y debido a eso son los problemas con los profesores o en el mismo colegio. A uno lo llaman a una reunión allá que porque tienen problemas con los niños pero ellos no han podido captar que son cosas de la violencia y entonces lo llaman a uno a crear un conflicto más en vez de hacer un taller a ver qué es lo que le pasa y hablar con ellos. Y uno ve que como uno hizo talleres de memoria y uno dialoga con muchachas que ahora tienen 16 años y cambiaron mucho y los muchachos también, eso hace falta porque elaboran duelo y sacan mucha cosa que tienen dentro también (Testimonio integrante de la Asociación de Víctimas de Granada —Asovida— 2010).

Un museo para no olvidar

De viernes a lunes, de 2:00 a 6:00 p. m. Se abren las puertas del salón que le cuenta al mundo lo que la guerra les hizo a Granada, a sus víctimas; se abren las puertas del espacio en que muchos pueden ir a visitar a sus familiares asesinados, desaparecidos, escribirles, llorarlos, recordarlos, dignificarlos; se abren las puertas del lugar donde se materializan los esfuerzos de una comunidad por luchar y fortalecerse y construir una historia diferente.

Las integrantes de la asociación encargadas de abrir el Salón al público y estar atentas a las inquietudes de los visitantes, hacen guías de la exposición normalmente cuando hay grupos de personas interesadas que no son del municipio, con frecuencia la guía la hace la hija de una de las encargadas, una niña de 11 años que ha acompañado el proceso desde su inicio y que con desenvoltura explica a los visitantes lo que encuentran allí y cuenta las historias del horror que tuvo lugar cuando ella apenas había nacido. Como una expresión del *performance* como dispositivo de memoria que Diana Taylor propone, la exposición del Salón junto con las guías, tiene sentido en tanto se articula con un contexto específico para su significado, las imágenes, los textos, las narraciones y otros elementos que se exhiben en él cobran sentido solo en el contexto cultural y discursivo en que tiene lugar.

El recorrido por el *Salón del Nunca Más* empieza en uno de los costados de la entrada con una exposición fotográfica en la que se muestran los talleres realizados previos a su construcción, con adultos, jóvenes y niños, seguido de actividades comunitarias de cohesión social y acompañadas por frases que expresan las demandas de la comunidad en relación con el trato digno a la hora de exigir sus derechos, así como el reclamo por la posibilidad de retornar al territorio dignamente y en paz.

Hacia el fondo de la sala, un muro con 254 retratos evidencia la magnitud que puede tener el dolor de los granadinos, imágenes de hombres, mujeres y niños, “a la izquierda asesinados, a la derecha desaparecidos” en el marco del conflicto que azotó al pueblo. Con frecuencia los visitantes quedan estupefactos al encontrar personas conocidas en ese inmenso registro, o ante las historias que narran las guías cuando traen a colación la forma en que aquellas personas perdieron la vida o cuando cuentan que “este y este eran hermanos e hijos de esta señora y este señor” (véase foto 1).



Fotografía 1. Retratos del Salón del Nunca Más

Cada una de esas fotos cuenta con un cuaderno llamado “bitácora” en el que los deudos pueden escribir mensajes a quienes ya no están y plasman el gran dolor y desasosiego que su ausencia les ha dejado. En una de las bitácoras, una niña le escribe a su papá expresándole la falta que le hace y le cuenta una situación de maltrato familiar que está viviendo; luego su hermanita escribe en la

misma bitácora al papá, que es cierto lo que su hermana le cuenta y que siente preocupación y angustia.

Normalmente, durante los días en que está abierto el Salón, los familiares, sobre todo las mujeres, entran a visitar la foto de su hijo, a rezar como otras personas lo hacen en el cementerio, a escribir un mensaje en la bitácora; otras tímidamente paran en la entrada, le echan la bendición a la foto que se encuentra al fondo, le tiran un besito y siguen su rumbo.

Más adelante, en el recorrido, una suerte de vitrina repleta de tierra refleja la imagen de quien se para al frente de esta, invitando a pensar en quienes han sido desaparecidos y sepultados en fosas comunes. Al lado de esta instalación, algunas fotografías aluden al doloroso proceso de la exhumación y el reconocimiento de los cuerpos de los desaparecidos, que hace parte de uno de tantos reclamos de las víctimas que desean saber dónde están los restos de sus familiares para recuperarlos y darles “cristiana sepultura”.

En la sala siguiente, imágenes del pueblo destruido a causa de la explosión de un carro bomba seguida de una toma guerrillera en el año 2000, erizan la piel de los asistentes que luego se encuentran una gran línea del tiempo que cuenta cómo desde la década de los ochenta la guerra ha golpeado en múltiples formas al municipio junto con la forma de victimización de muchos de los afectados inscrita en una escarapela: asesinado, desaparecido, víctima de minas antipersonales, desplazado. Al final de la línea del tiempo, se expresa hacia dónde se encaminan las apuestas de la Asociación reforzando la idea de que las memorias son al mismo tiempo, pasado, presente y futuro (CNRR, 2009) de una sociedad que partiendo del sufrimiento va construyendo en el presente una nueva forma de reconocimiento para proyectarse al futuro de manera diferente.

A lo largo de la exposición, frases, textos y poemas evidencian las apuestas, las denuncias, los sentires de las víctimas, contextualizan al visitante acerca de la razón de ser de este espacio, complementan lo que las imágenes cuentan, presentan cifras relacionadas con los ataques armados a la comunidad haciendo explícita la responsabilidad de todos los actores armados sin hacer señalamientos puntuales. Estas expresiones, al igual que las fotografías expuestas, dan cuenta de esos procesos de selección inmersos en las representaciones del pasado que aluden a una “moral práctica” evidenciando la imposibilidad de que las memorias se alejen de un referente temporal, moral y político (Del Pino, 2004).

Al final del recorrido, los visitantes generalmente impresionados con lo que vieron y conmovidos por el trabajo de estas mujeres y la calidad del montaje escriben en el libro de visitas su impresión del Salón y de la asociación. El libro, que cuenta con mensajes de personas de diferentes partes del país y del mundo, es un estímulo para que las integrantes y gestoras de esta iniciativa se convenzan de seguir trabajando por la memoria y manteniendo el Salón.

A mí me parece que lo importante es como el trabajo por la comunidad y estar concientizando [sic] la gente y que es muy reconocida más que todo, se ha logrado mucho, que

es lo importante, y más que todo con la construcción del Salón llama mucho la atención no solo acá en Granada sino que en todo Antioquia y en todo Colombia, entonces eso lo anima a uno a estar ahí, a seguir ahí (Testimonio integrante de la Asociación de Víctimas de Granada —Asovida—).

Estas mujeres han asistido a numerosos eventos regionales y nacionales para contar su experiencia, han hecho dos producciones audiovisuales en las que cuentan lo sucedido y el trabajo del salón. Igualmente, este trabajo se ha registrado en diferentes textos que hablan de experiencias de memoria histórica en el país al tiempo que publicaciones como la revista *Semana* y el periódico *El Tiempo* han hecho reportajes sobre el mismo. La iniciativa del Salón las ha hecho acreedoras a reconocimientos como el premio Orlando López a la Comunicación en el Oriente antioqueño. Además, desde diferentes disciplinas como la sociología, el trabajo social, la psicología y la antropología se han hecho acercamientos y reflexiones de este proceso.

El hecho de que las integrantes de la asociación divulguen su historia, sus sentires, su posición, es una oportunidad para fortalecerse en tanto que ellas mismas se perciben como sujetos multiplicadores de conocimientos y experiencias. Esto se ve reflejado en su participación en diferentes eventos a los que son invitadas, en los que desde el discurso que han construido, pueden dialogar con representantes de otras organizaciones e instituciones académicas en un intercambio de experiencias y perspectivas.

Por esto, desde quienes lideran la Asociación, se propone que los integrantes de la junta y de la Asociación en general, participen en los diferentes eventos a los que son invitados con el fin de que pierdan el temor a hablar en público y se empoderen y fortalezcan su discurso y su trabajo, como expresión de fortalecimiento de una cultura política a través de nuevas prácticas, discursos y marcos culturales que se han abierto a partir de esta experiencia.

El Salón del Nunca Más se ha constituido como un proyecto muy fuerte de memoria reivindicativa, que apuesta por la dignificación de las víctimas, que tiene un propósito político y educativo (Jelin, 2002) de hacer conciencia de que ha habido una guerra que ha devastado a la sociedad y que debe ser rechazada y no debe volver a suceder, al tiempo que busca evidenciar lo que han hecho por sobreponerse a la barbarie. De esta manera, la importancia política de esa memoria radica en la resistencia que expresan frente a la crueldad de la guerra, la injusticia y el olvido, además de la visibilización de la ausencia de los asesinados y desaparecidos en la comunidad. Es un espacio que apunta a la dignificación de estas personas en gran medida señaladas o juzgadas injustamente: “algo habrá hecho para que lo hayan matado”, es un espacio donde se pretende reivindicar la vida y el respeto por la misma.

Mire a nosotros nos interesa limpiar el nombre de las víctimas, muchos de nuestros muertos quedaron como si fueran de X o Y actor armado y esa fue la versión que quedó, quedó fue una versión de terceros, del actor armado. Para nosotros, reparar significa

también reparar los nombres (Testimonio integrante de la Asociación de Víctimas de Granada —Asovida—).

Así, el nombre, la identidad de los ausentes físicamente sigue haciendo parte del mundo social y político de la comunidad; los muertos, en efecto, toman un lugar en la movilización donde el dolor de su ausencia y la injusticia de su desaparición recuerdan, a quienes han quedado, los actos abominables que deben rechazar.

El Salón se ha convertido en un espacio ritual donde las personas, sobre todo los familiares o seres queridos de quienes ya no están, pueden acercarse y recordarlos, hablarles, escribirles, es un espacio que contribuye a la tramitación del duelo especialmente para quienes tienen familiares desaparecidos, ya que en este caso no hay un referente físico para su elaboración, para saber de hecho si este debe hacerse, pues no se sabe si el ser querido está vivo o muerto, por lo cual se mantiene una espera ante la ausencia de ese referente. Algunos expresan que el salón cumple el papel de un cementerio pues se convirtió en el espacio simbólico donde los familiares de los desaparecidos pueden ir y visitarlos, encontrar su foto, escribirles en su bitácora, orar, hablar con otros sobre esa persona.

Es en el salón donde muchas personas se permiten hablar de lo que han vivido, traer esos recuerdos a su mente y hacer catarsis y sentir que pueden ser escuchadas. Así, el testimonio se vuelve una estrategia de tramitación, que ayuda a sanar las heridas emocionales de las personas afectadas al tiempo que reafirma que los hechos y el horror ocurrieron (Blair et ál., 2008), aportando a la construcción de una verdad colectiva que ha empezado a tener lugar con las demás expresiones existentes en el salón.

Esta puesta en escena del dolor y del sufrimiento (Uribe, 2003) estructura la apuesta por generar un aprendizaje social que permita transformar las condiciones que provocaron el drama que vivieron las víctimas. De acuerdo con Blair et ál., algo que es preciso tener en cuenta es que, en el debate sobre la significación pública de un hecho histórico, el comportamiento moral no es solo relevante en sí, sino que además tiene consecuencias políticas. En este terreno, la condición imprescindible es el reconocimiento de la “gravedad moral del acontecimiento” (R. Mate, 2003 en Blair et ál., 2008: 246).

En el libro que tienen dispuesto para que los visitantes se expresen, se evidencian muchos de los sentimientos que este lugar deja en muchas personas, entre estos está la sensación de culpa por la indiferencia generalizada de la sociedad frente a la guerra existente en el país y a las realidades que la población afectada enfrenta y a los procesos que han emprendido. El siguiente es un comentario que escribió un visitante que se había resistido a entrar al Salón y después de que se atrevió a hacerlo esta fue su impresión:

Granada, Habitantes y Víctimas, disculpe [sic] por la indiferencia que he tenido con ustedes. Basta con leer los primeros dos renglones de alguna de las bitácoras para uno pedirle

[sic] perdón a esos niños y familiares, víctimas inocentes de dicha maldad y, nosotros en la ciudad comiendo y hechando [sic] barriga sin darle una mirada a tanta crueldad, sobre todo de los que quedan “los niños”.

No pensé que a mi también me tocara... y a la vez llorar.

Amigos solo lean una carta de esos niños aca [sic] en las bitácoras de este salón [sic] pa' que chillen (Hugo Tamayo, visitante del *Salón del Nunca Más*).

El salón, como trabajo de construcción de una identidad colectiva desde la promoción de la memoria, poco a poco va teniendo más impacto en la comunidad; no es en vano que cada fin de semana lo visiten turistas y habitantes del municipio y que sea tan reconocida esta iniciativa en el ámbito nacional e internacional. El proceso del salón como experiencia formativa ha tenido un gran efecto en la construcción, por parte de sus líderes, de unas ciudadanías plurales (López, 2001) que atienden a nuevos referentes, que las han llevado a nuevos espacios de debate y encuentro colectivo. Allí tendrán sustento nuevos juegos de lenguaje (Veena Das citado en CNRR, 2009) que harán parte de una forma de vida en que junto al trabajo de la memoria, se irán reconfigurando esas identidades sociales que generan lazos de pertenencia, diferenciación (Da Silva, 2010) y fortalecimiento del tejido social.

Emprender el proyecto del Salón, implicó para los integrantes de la asociación, “poner el tema sobre la mesa” y aunque no cuentan con los recursos económicos ni logísticos para generar gran discusión sobre la memoria y otros temas relacionados, con los medios que han estado a su alcance como foros, eventos públicos y actividades programadas en la Asociación, se ha evidenciado la importancia de hablar del mismo. Uno de los logros fundamentales del proceso ha sido el hecho de identificar y visibilizar la magnitud de lo que ha pasado en el municipio, pues para empezar un trabajo de memoria es vital que primero se muestre la realidad, lo que se quiere recordar. Además, con el trabajo de visibilización se consiguió que las demás instituciones empezaran a articularse con el proceso de la organización; instituciones externas, ONG, incluso la administración municipal, en alguna medida, las apoyaron.

De este tipo de experiencias, quienes han participado en las mismas, plantean que los procesos de memoria son caminos que se van recorriendo “paso a paso”, como afirmaba la asesora del proceso, “no le puede pedir desde el principio que tenga una fuerza política instantánea”, si bien uno de los horizontes de este tipo de trabajos es que pueda diseñarse luego una política pública que pueda garantizar en alguna medida la no repetición, y atender ciertas necesidades específicas de las víctimas, no se desconoce que cada contexto tiene sus ritmos y la capacidad de trabajo que determina los límites de acción. En un contexto donde el conflicto persiste, el hecho de que una organización plantee un trabajo de visibilización, de denuncia frente a la guerra y sus actores, es un paso importante de construcción de memoria, cultura política y ciudadanía.

En ese sentido, el proceso que han llevado a cabo estas personas muestra cómo el alcance de la lucha política no sólo se mide con el logro o no de una política

pública, sino también en la importancia, profundidad e impacto que esta tiene en la experiencia subjetiva de quienes participan en el proceso, en la resistencia y en la visibilización de las víctimas.

Víctimas visibles: la discusión en torno al concepto de víctima

Uno de los principales efectos de las diferentes iniciativas de memoria en que ha participado Asovida ha sido la visibilización de que en el municipio sí hay víctimas. En muchos casos, los sujetos desconocen que son víctimas y que tienen acceso a unos derechos o a cuestionar al Estado por lo sucedido, muchas veces ni siquiera los desplazados se reconocen o se saben víctimas. Todo este ejercicio de memoria desde las víctimas, ha promovido el debate en torno al tema.

Uno de los principales abordajes a la discusión en Granada y que podría extrapolarse para el país en general, consiste en la forma en que se nombran quienes han sido afectados por el conflicto armado. Víctimas, testigos, sobrevivientes, desplazados, retornados, cada término tiene un significado y una carga simbólica y política. Para unos, la palabra víctima correspondía a una etiqueta que no querían llevar pero reconocían que no querían negar lo que les había sucedido pues era como aportar a la impunidad, habían sido víctimas de la guerra y debía existir una manera de evidenciar que eso había sucedido, que sus derechos habían sido violados.

Por otro lado, la palabra testigo se proponía como una forma alterna de nombrar a quienes habían presenciado, vivido las atrocidades de la guerra y por ende habían sido afectados por la misma. Quienes proponen este término argumentan que los pone en un lugar más proactivo “a mí me pasó algo, yo vi algo y puedo ser testigo en el sentido de que puedo incluso establecer procesos jurídicos con mi memoria para establecer justicia”⁷ sin embargo, este estatus planteaba riesgos para su seguridad.

Por su parte, quienes prefieren hablar de sobrevivientes buscan con frecuencia apostar a un acercamiento de estatus entre víctimas y victimarios, usualmente desmovilizados en el marco de la ley de justicia y paz. Esto en pro de los procesos de promoción de la reconciliación y el posconflicto en el que se equiparan estos dos actores.

Como afirma Malamud-Got, “las víctimas son, indefectiblemente, los individuos afectados por las acciones del otro, por su agencia” (Malamud-Got, 2006: 164 citado en Blair et ál., 2008: 195) y de manera más específica, de acuerdo con Wieviorka, “la víctima es definida por eso de lo cual ella ha sido privada, por eso que en ella ha sido destruido, por la pérdida” (Wieviorka, 2004: 104, citado en Blair et ál., 2008: 211).

En términos formales, es posible que el término “víctima” se haya establecido en Colombia a partir de la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005) por lo cual se

7 Entrevista con asesora de la asociación.

encuentra aún en proceso de apropiación social (Jimeno, 2010). No obstante, no debe desconocerse la adopción del concepto por parte de quienes han sido afectados por el conflicto, y el hecho de que haya sido emblema de reivindicación en el que se han conjugado lo subjetivo y el orden privado, como ocurre con la experiencia del sufrimiento que da pie a la acción pública-política (Jimeno, 2010).

A partir de la lucha por el reconocimiento de las víctimas y sus derechos, en 2007 se presentó un proyecto de ley de víctimas que se basó en la definición del término, establecida por el Derecho Internacional Humanitario (Jimeno, 2010):

Aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido daños tales como lesiones transitorias o permanentes que ocasionen algún tipo de discapacidad física, psíquica o sensorial, sufrimiento emocional, pérdida de la libertad, reclutamiento forzado de menores, pérdida financiera, desplazamiento forzado o menoscabo de sus derechos fundamentales, como consecuencia de acciones u omisiones que constituyan una violación manifiesta de las normas internacionales de derechos humanos o una violación grave del derecho internacional humanitario (Artículo 8 del proyecto de Ley de Víctimas).

El proyecto fue aprobado en la Cámara de Representantes en 2008, pero terminó “hundido” este mismo año por el gobierno, con dos argumentos esenciales uno ideológico y otro fiscal; para el gobierno de ese entonces no era posible equiparar a las víctimas de fuerzas estatales con las de grupos al margen de la ley, además de que alegaba que el proyecto le costaría al Estado 80 billones de pesos (Díaz, 2009), cifra que según él era “impagable”.

De acuerdo con Miriam Jimeno, la oposición a la Ley de Víctimas muestra que “están vivos y activos en la sociedad colombiana quienes han participado o alentado la confrontación. Evidencia los intereses encontrados, principalmente los de los victimarios, por encubrir los sucesos y conservar el provecho obtenido” (Jimeno, 2010: 16).

A pesar de esto, la iniciativa no se diluyó completamente y fue sostenida por un grupo del partido Liberal. El 27 de septiembre de 2010, fue presentado y publicado un nuevo proyecto de ley de víctimas y después de ser aprobado (Acción Social) en segundo debate en la Cámara de Representantes el 13 de diciembre del mismo año, está listo para que se reinicie su penúltimo debate en el Congreso (Terra, 2011). Esta ley de víctimas incluye un capítulo de restitución de tierras y pretende convertirse en una política pública de reparación administrativa, considerada una de las prioridades del Gobierno actual (Juan Manuel Santos) y de su bancada legislativa (Paredes, 2011). Sin embargo, no deja de haber temas controvertidos en la discusión en torno al proyecto siendo unos de los más destacados: la fecha a partir de la cual se considera que una persona ha sido víctima del conflicto armado, el monto de la reparación, la institucionalidad para la aplicación de la norma, entre otros.

Con este panorama, sin dejar de lado la relevancia del aspecto legal, es preciso resaltar la naturaleza emocional de la categoría de *víctima* en la que pueden converger

las diferencias ideológicas y sociológicas en torno al concepto cuando hay ausencia de una base formal clara (Jimeno, 2010). Al mismo tiempo, de acuerdo con Jimeno, esta naturaleza puede convertirse en instrumento político para consolidar la débil institucionalidad que lo ha caracterizado, como es el caso de la Ley de Víctimas. Si bien la garantía de derechos como la justicia y la reparación aún es lejana en el país, la visibilización y fuerza de las víctimas aportan a un proceso social en el que hay una conciencia del impacto de la guerra sobre la sociedad civil en las últimas décadas. En ese sentido, la importancia de la categoría de víctima radica en la posibilidad de expresar los hechos de violencia desde quienes la han sufrido, articulando en esa narrativa las emociones con la acción política (Jimeno, 2010).

Localmente, desde Asovida, se concluyó que nombrar, dar testimonio de un hecho que determinaba una condición de víctima, no implicaba que esa persona fuera a establecerse ahí eternamente. Era más bien la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción, para la construcción y participación de nuevos procesos. De esta manera, puede pensarse en ser víctima no como una condición, sino como una situación, un estado transitorio que no se olvida pero que debe ser punto de partida para otras construcciones de los sujetos. Sin embargo, se plantea que hay situaciones del contexto que ayudan a que las personas se queden como víctimas permanentemente, tales como las políticas asistencialistas que no dignifican ni potencian los recursos propios que tiene la gente, por lo cual muchas personas se quedan esperando a que les lleven la ayuda, el mercado y les den todo y en consecuencia muchos no descubren sus propias habilidades y recursos y no los potencian.

La guerra acaba con todo. Para mi [sic] hace parte fundamental que por lo menos los niños, los jóvenes, el trabajo que hemos venido haciendo con universidades y todo eso de poder concientizar, así no sean todos así unos cuantos muchachos eso es valorar demasiado, que los jóvenes digan ¡no! es que no queremos más violencia ni más guerra, que no quieran hacer parte de eso, es súper importante [sic] para mí, súper bacano [sic], sería la mejor herencia que le [sic] podríamos dejar de todo esto a nuestros jóvenes y que las personas no se sientan víctimas, se sientan ciudadanos con derechos, que se sientan que tienen su territorio y que lo cuiden, que tienen derecho a muchas cosas y que las exijan, es que uno no puede pedir como lamentándose con lástima, uno tiene que exigir con dignidad como unos seres humanos comunes y corrientes, [...] somos seres dignos de derechos (Testimonio integrante de la Asociación de Víctimas de Granada —Asovida—, 2010).

A modo de conclusión, el trabajo de memoria emprendido desde Asovida es aleccionador pues hemos sido una sociedad sin memoria, en la que ha reinado la indiferencia y el olvido que han traído consigo impunidad y más violencia. Iniciativas como el Salón del Nunca Más y la participación en diferentes espacios de reivindicación de los derechos y visibilización de las víctimas son iniciativas de memoria ejemplar que nos convocan como sociedad a asumir los aprendizajes políticos que surgen de la historia colectiva construida desde la verdad conjunta (Uribe, 2005), la verdad de las víctimas.

Estos dispositivos de memoria, que dan lugar a otros significados, prácticas, discursos y marcos culturales, hacen parte de un lenguaje emocional que tiene efectos políticos desde su papel en la construcción compartida de una versión de los hechos violentos así como en la realización de acciones de reclamo y reparación al constituirse en un medio simbólico entre la experiencia subjetiva y la socialización de la misma (Jimeno, 2010). Estos dispositivos y, la experiencia emocional que los circunda, permiten “como nunca antes en el país, tejer vínculos de identidad y reconocimiento entre quienes han experimentado la violencia y el conjunto de la población civil” (Jimeno, 2010: 3), lo que constituye la denominada “fuerza política de la memoria del sufrimiento” (Restrepo, 2000 citado en Blair et ál., 2008). Igualmente, dichos vehículos de empoderamiento político van conduciendo a las comunidades a construir nuevas formas de ciudadanía donde la conciencia de su historia, de los derechos humanos fundamentales, la pertenencia, la participación y el reconocimiento de una justicia que trascienda los límites geográficos tradicionalmente propuestos, son aspectos fundamentales.

La memoria que se construye desde la Asociación de víctimas de Granada, ha sido una forma nueva de abrir espacios políticos alternativos (CNRR, 2009) para una sociedad que ha estado alejada de lo político, dada la crisis de este ámbito. Esto es fundamental para un proceso de reconfiguración de las subjetividades políticas que ha empezado por las líderes del proceso, quienes han generado un compromiso con un colectivo así como una identidad con el mismo que las ha llevado a defenderlo y a permanecer allí.

Los aprendizajes políticos que han tenido lugar desde la lucha de las integrantes de Asovida por reponerse a la tragedia, por visibilizarla y dignificar su vida y la memoria de sus muertos, deben ser replicados y fortalecidos constantemente, deben ser los motores de la educación cívico-política para la sociedad en general, que conduzca a una nueva cultura política, humanizada, en la que se formen ciudadanos empoderados, participativos, conscientes de sus derechos para defenderlos.

Referencias bibliográficas

- Acción Social (s. f.). *Resumen de la Ley*. [En línea:] <http://redes.accionsocial.gov.co/victimas/>. (Consultado el 25 de febrero de 2011).
- Blair, Elsa; Quiceno, Natalia; De los Ríos, Isabel; Muñoz, Ana María y Grisales, Marisol (2008), *De memorias y de guerras. La Sierra, Villa Lilliam y el 8 de Marzo en Medellín* (Informe final de investigación). Alcaldía de Medellín, IDEA, Colciencias, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales —INER—, Medellín.
- Carrizosa Isaza, Catalina (2011). Nuevas ciudadanía y configuración de sujetos políticos a partir del conflicto armado. La experiencia de la asociación de víctimas de Granada, Antioquia —Asovida—. Trabajo de Grado, Departamento de Antropología Universidad de Antioquia, Medellín.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación —CNRR— (2009). *Memorias en tiempo de guerra: repertorio de iniciativas*. Puntoaparte Editores, Bogotá.

- Da Silva Catela, Ludmila (2010). “Pasados en conflictos: De memorias dominantes, subterráneas y denegadas”. Ponencia presentada en la celebración de los 10 años del Grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales —INER—, Medellín.
- Del Pino, Ponciano (2004). *Violencia, memoria e imaginación. Uchuraccay y Lucanamarca en la violencia política en el Perú* [En línea:] http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Violencia_memoria%20e%20imaginacion.pdf. (Consultado el 14 de enero de 2011).
- Díaz, Lorena (2009, 28 de junio). *Víctimas en Colombia: ¿Cuál es el camino de la reconciliación?* [En línea:] <http://www.cinep.org.co/node/709>. (Consultado el 25 de febrero de 2011).
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores, Madrid y Buenos Aires.
- Jimeno, Míriam (2010). *Emociones y política. La “víctima” y la construcción de comunidades emocionales*. [En línea:] <http://www.myriamjimeno.com/2010/02/14/emociones-y-politica-la-%E2%80%9Cvictima%E2%80%9D-y-la-construccion-de-comunidades-emocionales/>. (Consultado el 14 de enero de 2011).
- López de la Roche, Fabio (2001). “Aproximaciones al concepto de cultura política”. En: Martha Cecilia Herrera, Carlos Jilmar Díaz (comp.), *Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria*. Universidad Pedagógica Nacional, Serie Educación y Cultura, Bogotá.
- Luque, Emilio (2003). “Cómo se forman los ciudadanos: de la confianza a los saberes”. En: Jorge Benedicto, María Luz Morán (comp.), *Aprendiendo a ser ciudadanos: Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*. Instituto de la juventud, Madrid.
- Paredes, César (2011). *Los puntos controversiales de la ley de víctimas*. [En línea:] <http://www.semana.com/noticias-nacion/puntos-controversiales-ley-victimas/151218.aspx>. (Consultado el 25 de febrero de 2011).
- Taylor, Diana (2010). *El espectáculo de la memoria: trauma, performance y política*. [En línea:] <http://performancelogia.blogspot.com/2007/08/el-espectaculo-de-la-memoria-trauma.html>. (Consultado el 10 de enero de 2011).
- Terra. (2011, 21 de febrero). *Proyecto de ley de víctimas está listo para el debate*. [En línea:] <http://www.terra.com.co/noticias/articulo/html/acu39615-proyecto-de-ley-de-victimas-esta-listo-para-el-debate.htm>. (Consultado el 25 de febrero de 2011).
- Uribe, María Teresa (2003). *Estado y sociedad frente a las víctimas de la violencia*. Universidad de Antioquia, Medellín.
- _____ (2005). “Los duelos colectivos: entre la memoria y la reparación. En: Memorias simposio violencia, dolor y duelo: a propósito de la verdad, la justicia y la reparación en el actual conflicto político militar colombiano”. Asociación Médica de Antioquia —Asmedas—, Asociación Colombiana para el Estudio del Dolor —Aced—, Universidad de Antioquia, Alcaldía de Medellín, Medellín.